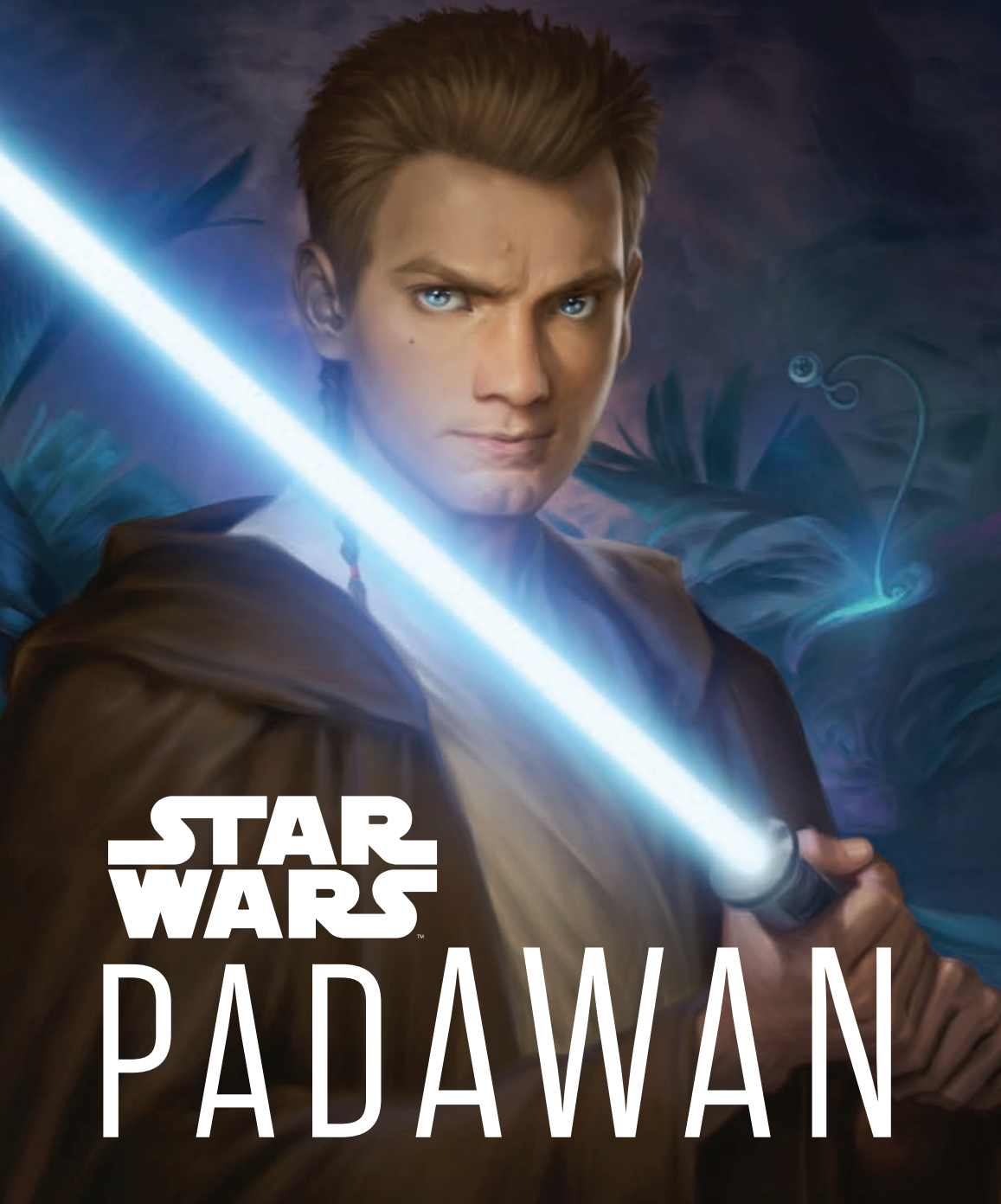


KIERSTEN WHITE



**STAR
WARS**

PADAWAN

STAR WARS™

PADAWAN



ESCRITA POR

KIERSTEN WHITE

Planeta Junior

© & TM 2022 Lucasfilm Ltd.
Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización.
© de la traducción: Marta García Madera, 2022
© 2022, de la presente edición en castellano: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: octubre de 2022
ISBN: 978-84-08-26028-8
Depósito legal: B. 14.110-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

C A P Í T U L O

1

Los tentáculos de púas mortales aparecieron de repente y se le enrollaron en la muñeca.

Obi-Wan Kenobi tiró de la mano hacia el cuerpo. Un líquido caliente aumentó su confusión y dolor mientras se resbalaba y se caía hacia atrás en el duro suelo. Un cuerpo central con protuberancias que se inflaban y color verde limón se retorció, haciendo que los tentáculos se enroscaran con más fuerza. Obi-Wan intentó coger la espada láser que tenía en la cintura. Sintió las púas hundiéndose aún más y notó el veneno a punto de entrar en el torrente sanguíneo.

Ese no podía ser el fin.

—¡Socorro! —No quitaba los ojos de encima a aquella criatura, confiando en que sus compañeros Padawan llegaran enseguida a defenderlo.

—¿Es un pulpo demoníaco? —chilló Prie en su asiento frente a él, haciendo palmas encantada—. ¡Eh, espera! ¡No le hagas daño! —Corrió alrededor de la mesa del comedor y se arrodilló



junto a Obi-Wan, sin preocuparse por la sopa caliente derramada en el suelo que ya empapaba los pantalones y la túnica de Obi-Wan.

—¡Córtalo! —gritó Obi-Wan—. ¡Sácamelo de encima!

Prie frunció el ceño en señal de desaprobación, bajando sus oscuras cejas sobre sus ojos castaños. Llevaba el pelo trenzado y apartado de la cara. Solo le colgaba por delante la pequeña trenza de Padawan. Se la puso detrás de la oreja mientras se inclinaba hacia delante.

—Solo es un bebé. Mira. —Tocó con una mano las púas que cubrían el saco central pulsante del cuerpo del pulpo demoníaco. El animal se estremeció y, a continuación, para sorpresa y alivio de Obi-Wan, se desinfló poco a poco, retiró las púas y se le desenroscó de la muñeca. Prie lo quitó de la piel enrojecida y marcada de Obi-Wan, diciéndole palabras cariñosas. Esa vez, el tentáculo le envolvió la muñeca con cuidado.

Obi-Wan se puso de pie. Estaba cubierto por la sopa que, sin duda, no debía de haber contenido a un depredador vivo. No había señales de que hubiera más amenazas en el comedor de los Padawan, pero eso no significaba que estuvieran a salvo.

—Tendríamos que inspeccionar las cocinas. Alguien lo habrá colocado. Quizás un asesino o...

El mismo líquido del que estaba empapado Obi-Wan salió volando de la boca de Bolla y le corrió por la barbilla verde de escamas mientras se partía de risa. Las yemas de los dedos toda-

vía estaban pegadas a su propio cuenco de cena humeante (que, sin duda alguna, no contenía pulpo).

—¡Ay! —dijo Bolla, intentando que no se le cayera el cuenco mientras se secaba la boca—. ¡Las especias de esta sopa me hacen daño en la piel!

Obi-Wan apretó los puños. El dolor le atravesaba la muñeca palpitante y en carne viva.

—¡La sopa caliente también hace daño cuando te salpica por todas partes mientras un pulpo demoníaco intenta inyectarte veneno!

—¡Tendrías que haber visto la cara que has puesto! Cuando ha aparecido el primer tentáculo y lo has mirado como si fuera parte de la comida, ¡pensando si te lo comías o no! Oh, ni se me había ocurrido que intentarás zampártelo. Ha sido mucho mejor de lo que había pensado.

—Es *veneno* —repitió Obi-Wan con desesperación, intentando controlar su rabia.

Bolla por fin había conseguido dejar el cuenco. Movi6 aquella mano de dedos largos con desd6n, mientras seguía moviendo las orejas con alegría.

—No te habría pasado nada. Tengo el antídoto en mi... —Se dio unos golpecitos en el cintur6n donde normalmente llevaba una bolsa y parpade6 una vez con la capa blanca que cubría sus brillantes ojos azules—. Bueno, tengo el antídoto en alguna parte. En serio, no te habría pasado nada.

—¡SÍ que me habría pasado algo! —gritó Obi-Wan, mientras

cogía una servilleta de la mesa. Al menos, estaban en el comedor de los Padawan y no había pasado vergüenza delante de...

—Estás aquí —dijo Qui-Gon Jinn, caballero Jedi y maestro de Obi-Wan. Obi-Wan no supo si sonaba divertido o irritado al encontrar a su aprendiz en aquel estado.

Obi-Wan sintió que se ponía tan rojo como su mano herida.

—Deberías tener más cuidado —le reprendió Prie, mirándolo con el ceño fruncido, como si Obi-Wan tuviera la culpa de lo que había pasado—. Solo es un bebé. Podrías haberle hecho daño.

—Pero... ¿Y él? —Obi-Wan señaló a Bolla. En ese momento había un maestro Jedi allí, y casualmente Bolla se estaba tomando la sopa como si no hubiera pasado nada.

Obi-Wan tenía dieciséis años. Era aprendiz de Padawan, ya había dejado de ser un iniciado. Pero se moría de ganas de acusar a Bolla. Si no lo delataba, al menos quería tener la oportunidad de explicar por qué estaba cubierto de sopa y cómo se había hecho daño en la muñeca. Para recuperar algo de decoro delante de su maestro.

—Por lo visto, has acabado con tu comida —dijo Qui-Gon, levantando una ceja—. ¿O tu comida ha acabado contigo?

Era evidente que Qui-Gon se estaba riendo por dentro, lo mostrara o no. Obi-Wan quería ser capaz de reírse, pero el corazón le iba a mil por hora, aún no se había calmado después de la pelea. Si es que se podía llamar así, porque el pulpo demoníaco en cuestión parecía muy dócil cuando lo manejaban co-

rrectamente y, en ese momento, estaba acurrucado entre el hombro y el cuello de Prie.

Prie susurró tonterías amables a la criatura.

—¿Quién se ha regenerado superbién? ¡Tú! ¿Quién es un buen pulpo demoníaco?

Obi-Wan no sabía quién era un buen pulpo demoníaco, pero aquel seguro que no. Bolla había levantado el cuenco para taparse la cara, pero Obi-Wan le veía mover los hombros por la risa que casi no podía contener.

La ira era un camino al lado oscuro, y Obi-Wan no quería dar más pasos en aquella dirección, por muchas ganas que tuviera de lanzarle la sopa a la cara de Bolla.

Qui-Gon unió las manos debajo de las mangas. Tanto si sintió la agitación de Obi-Wan como si simplemente le dio vergüenza ajena, no dijo nada al respecto.

—Iba a meditar y se me ha ocurrido que quizás querrías venir conmigo.

Meditar era lo último que quería hacer un empapado Obi-Wan que todavía estaba atrapado en algún punto entre el pánico y la furia. Pero, dado que era lo último que le apetecía hacer, probablemente fuera lo mejor en su caso. Muchas cosas de la Orden Jedi eran así: cuanto menos quería hacerlas, mejores eran para él.

Y quería ser mejor. Quería ser el mejor. El mejor Padawan, el mejor aprendiz, el mejor Jedi. Se lo debía a la Orden.

—En vez de meditar, ¿podríamos entrenar con espadas lá-

ser? —preguntó Obi-Wan, esperanzado. No llevaba mucho tiempo siendo aprendiz de Qui-Gon, pero su maestro no lo había hecho pasar de las figuras más básicas. A Obi-Wan se le daban bien. Realmente bien. Estaba listo para avanzar, y librarse de parte de su ira y frustración a través de figuras de espadas sería mucho más fácil que intentar meditar. La meditación siempre era más difícil que el movimiento, por muy paradójico que pareciera.

—Estoy preocupado —dijo Qui-Gon, sin explicar qué era lo que le preocupaba—. Meditemos.

A Obi-Wan se le revolvió el estómago tristemente vacío gracias a Bolla. ¿Acaso era él la fuente de preocupaciones de Qui-Gon? Tenía la impresión de que la mayor parte de su entrenamiento se dedicaba a la meditación. Los demás Padawan salían con frecuencia porque tenían misiones para servir a la República, ayudando a la galaxia. O, en el caso de Bolla, encontrando criaturas con las que atormentar a Obi-Wan.

¿Era culpa de Obi-Wan que no estuviera preparado? ¿Que Qui-Gon pareciera satisfecho con quedarse en Coruscant, meditando? Aunque quizás no es que se contentara con eso, sino que le preocupaba que su Padawan no estuviera listo para nada fuera de la protección del Templo.

Obi-Wan intentaba ser el mejor Padawan. Con todas sus fuerzas. Pero adivinar lo que impresionaría y gustaría al amable e imperturbable maestro Qui-Gon Jinn era prácticamente imposible. Obi-Wan no podía superar una prueba si ni siquiera sabía qué debía demostrar.

Sin despedirse de los otros (Prie estaba absorta con su nueva mascota y Bolla seguía fingiendo que no se reía), Obi-Wan siguió a Qui-Gon y salieron del comedor de los Padawan. Dejaron las secciones inferiores con sus amplias estancias de entrenamiento y sus diferentes salas de estar y subieron hacia los jardines preferidos de Qui-Gon. A Obi-Wan también le gustaban. Al menos en el pasado, antes de que se convirtieran en el lugar de sus errores de entrenamiento más constantes. En aquel momento, incluso el olor fresco a espacio verde le provocaba una punzada de ansiedad.

En un rincón tranquilo del exuberante y extenso jardín, rodeado por vívidas flores de naranjo y el sonido del agua oculta, Qui-Gon se sentó en el suelo. Tenía las piernas cruzadas en los tobillos, las manos en las rodillas, los ojos cerrados y la respiración regular al instante. Comedido. Resuelto.

Obi-Wan se sentó frente a él. El patio de piedra del jardín que tenía debajo le pareció duro e incómodo. No acababa de decidir qué tobillo tenía que ir encima del otro. El izquierdo encima le pareció lo mejor, pero, cuando le empezó a dar vueltas, ¿lo era de verdad? Lo cambió. Y, después, lo volvió a cambiar. Tres veces más. Intentó poner las palmas de las manos sobre las rodillas, y, después, colocó las palmas hacia arriba. Puso la espalda recta. Cerró los ojos. Pero los estaba apretando, no los dejaba caer suavemente «igual que una hoja cae al suelo». Esa era la imagen que le había recomendado Qui-Gon una vez. Por lo visto, las hojas de Obi-Wan estaban agitadas y nerviosas.

Cuando por fin consiguió ponerse todo lo cómodo posible, fue más consciente aún de su propio cuerpo. La túnica estaba húmeda en varios puntos por la sopa que se había quedado fría. La muñeca le había dejado de pulsar al ritmo del corazón y le quemaba con un dolor pesado e insistente.

¡Pero aquello era bueno! No meditaba de verdad a menos que se esforzara. No tenía que ser fácil, ¿verdad? Había sido fácil cuando era un iniciado pequeño. Pero entonces no lo entendía. No como en ese momento.

Quería preguntar al maestro Qui-Gon si la meditación tenía que ser difícil, pero al mirarlo de reojo vio que Qui-Gon estaba muy muy lejos. Obi-Wan incluso podía jurar que había un pelín de aire entre Qui-Gon y la terraza. Volvió a cerrar los ojos con fuerza para que no le pillaran haciendo trampa.

Meditación. Obi-Wan tenía que resolver cómo tenía que hacerla. Nunca se le había dado mal antes de las pruebas, pero, claro, solo había sido una pequeña parte de su entrenamiento. En ese momento, con Qui-Gon, parecía ser la mayor parte. Obi-Wan no podía confiar en que sus demás habilidades se lo compensaran. Quizás fuera eso lo que odiaba: la meditación dejaba al descubierto sus puntos débiles. No podía pensar ni hacer otra cosa que no fuera enfrentarse a ellos. Y Obi-Wan les tenía pavor.

Y ese pavor le aterrorizaba porque el miedo era un camino al lado oscuro. Lo que hacía que su necesidad de descifrar la meditación fuera aún más desesperada, lo que le aceleraba el

corazón, y, a su vez, hacía que la muñeca le ardiera aún más, con lo cual era imposible instalarse en algún tipo de paz. Cualquier estado en el que pudiera llegar a conectar con la Fuerza estaba bloqueado.

Él podía hacerlo. Tenía que ser capaz de hacerlo. Intentó alcanzar la Fuerza, quería agarrarla y acabó con las manos vacías una y otra vez. Mientras su maestro se sentaba en una armonía perfecta, Obi-Wan se retorció, abatido, empapado de sopa y totalmente desprovisto de cualquier tipo de tranquilidad. El estómago se le revolvía con la creciente certeza de que la fuente de los problemas de Qui-Gon, en realidad, era el propio Obi-Wan.

Estaba fracasando como Padawan.